

El Eterno Retorno Nacionalismo Revolucionario

POR LORENZO MEYER

UNO de los principios con que el nuevo gobierno ofrece guiar su política frente al exterior —y la interior que tiene repercusiones hacia afuera— es el "nacionalismo revolucionario". El calificativo de revolucionario parece ser, en realidad, pura inercia, una forma ya sin contenido, pues hace tiempo que terminó la Revolución Mexicana y este régimen como sus antecesores está comprometido con la estabilidad, que es la antítesis de la revolución.

Contra lo que se llegó a suponer en los círculos internacionalistas, el nacionalismo es hoy día una fuerza que sigue vigente y que colorea la política de un buen número de países. En nuestro caso el nacionalismo, o al menos la apariencia de tal, ha sido un elemento importante en la generación y renovación de la legitimidad del régimen frente a sectores importantes de la sociedad civil.

★

DESDE el siglo XIX y hasta ahora, las actitudes nacionalistas han estado íntimamente ligadas a la idea de que la creación, mantenimiento y desarrollo del poder del Estado nacional es uno de los objetivos fundamentales —si no el principal— de la acción política, económica y cultural de la sociedad nacional. Este poder del Estado no es —al menos en nuestro caso— un objetivo en sí mismo, sino que se le ha presentado como un medio para fortalecer e incrementar la capacidad de acción independiente de México frente al mundo, capacidad siempre limitada, dada nuestra situación geopolítica y de subdesarrollo económico.

Desde la época de Miguel Alemán, por lo menos, y hasta ahora, la justicia social se pospuso como meta prioritaria del régimen justamente en aras de una interpretación del nacionalismo. En efecto, la rápida acumulación de capital y concentración del ingreso se justificó entonces y después como la mejor manera de crear una economía moderna e industrial que permitiera a México tener una posición más fuerte en el mercado mundial en donde fincar una independencia viable. Se dijo entonces que íbamos camino de dejar atrás la larga etapa de exportadores de materias primas —mercancías cuyos precios siempre fluctuaban y eran manipulados por las grandes potencias industriales— para pasar a ser exportadores de bienes manufacturados, cuyos precios eran más estables y redituables.

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

El Eterno Retorno

Sigue de la página seis

Siete lustros después de hechas esas promesas e iniciada la política de industrialización, estamos igual o peor que cuando empezamos; volvemos al punto de partida, al eterno retorno. El auge petrolero ha terminado convirtiéndonos de nuevo en algo muy cercano a monoexportadores de una materia prima que además de ser recurso natural no renovable tiene precios que han oscilado de una manera casi increíble.

La mala fortuna unida a la irresponsabilidad de la administración anterior nos dejó una estructura de exportación similar a la del Porfiriato pero una deuda mayor que nos obligará a desembolsar, según unos cálculos y sólo en intereses, casi setenta mil millones de dólares, de aquí a 1990. A partir de 1985 empezaremos a pagar el principal, pero dado que la deuda sigue incrementándose, nadie espera realmente que podamos saldar en un futuro previsible nuestra enorme obligación con los bancos extranjeros. En cambio desde ahora y durante un tiempo indeterminado, cualquier fluctuación de los precios del petróleo, en las tasas de interés, en la inflación internacional, en la capacidad y voluntad de las organizaciones financieras internacionales para facilitarnos nuevos fondos, así como cualquier cambio en las políticas de importación de los grandes países industriales, incidirá de inmediato en los recursos en divisas de que podamos disponer para hacer frente a los compromisos contraídos con el exterior y para satisfacer nuestras necesidades inmediatas, y que van desde la importación de alimentos hasta la de materias primas y bienes de capital para una industria que a duras penas puede exportar una parte poco importante de su producción. Así, pues, tras una larga etapa de sacrificar justicia social por una supuesta política de fortalecimiento de la economía, seguimos tan dependientes como antes.

En fin, dado un debilitamiento de nuestra posición económica internacional —y que no es coyuntural como algunos desearían hacernos creer— la capacidad de México de seguir una línea de acción relativamente independiente, sobre todo frente a Estados Unidos, va a ser más difícil de lo que fue en el pasado inmediato.